

en la realidad natural, y la idea puesta por el Creador en el hombre haciéndolo captador de ideas” (p. 117). La segunda, que el hombre, al ser el culmen de la creación, es la única criatura capaz de abrirse a una relación más allá de lo intra-mundano, que trascienda los modos de ser para llegar hasta el que simplemente *Es* (pp. 122-123). Y la tercera, que en virtud de su especial participación respecto del Divino Artífice, el hombre se hace a la vez co-creador, cultivando el mundo con la simiente de sus ideas, o sea, desarrollando la *cultura* (p. 121).

La edición se cierra con dos *Excursus*: “En busca del absoluto – la vía de la indigencia”, y “Evolución y creación”.

Consideramos que este libro ofrece un valioso aporte a lo que podría llamarse la “cosmología filosófica”, entendida como un estudio reflexivo a partir de los conocimientos de la ciencia acerca del universo, dentro de la literatura en lengua española más reciente. Bolzán aborda temas relativamente trajinados, pero con su marca personal: buena prosa, claridad y algunas intuiciones quizá cuestionables, pero igualmente serias y estimulantes. En estos rubros no abundan publicaciones así, sea pues bienvenida.

Oscar Horacio Beltrán. Universidad Católica Argentina
oscarbeltran@uca.edu.ar

DIÉGUEZ, ANTONIO

Transhumanismo. La búsqueda tecnológica del mejoramiento humano, Herder, Barcelona, 2017, 243 pp.

Antonio Diéguez ha sabido hacerse experto en dos grandes temas de la filosofía de la ciencia y la tecnología. Si en los años 90 se ocupó de la importante discusión acerca del realismo científico, en los últimos años ha decidido centrar su atención en este gran proyecto de “mejoramiento del ser humano mediante la tecnología”. Su interés se ha desplazado así desde los temas epistemológicos hacia temas antropológicos y sociopolíticos, de una importancia ya más vital que teórica. Que el autor es también buen conocedor de la filosofía de la biología se deja ver en su tratamiento de algunos puntos concretos

(se detiene, por ejemplo, en la discusión sobre la noción de especie o en los desarrollos de la epigenética frente a la biología centrada en el gen). Y que es un entusiasta de Ortega y Gasset se refleja en la adopción de un punto de vista orteguiano para el análisis de las propuestas transhumanistas.

Son posibles varias lecturas de este libro. Quienes simplemente busquen información sobre el proyecto transhumanista encontrarán en él un muy bien documentado panorama de las distintas tesis, propuestas, argumentos, réplicas y contrarréplicas, con sus protagonistas más destacados (las ideas de More, Moravec, Kurzweil y Bostrom son quizá las analizadas con más detalle). Quienes ya conozcan el tema y quieran embarcarse en su reflexión crítica tendrán como guía los importantes temas de fondo (antropológicos, éticos, sociopolíticos) que el autor va señalando al hilo de su exposición. Quienes estén interesados en entablar un diálogo (quizá en la esfera pública) con las posturas transhumanistas encontrarán también numerosos puntos de apoyo y posibles líneas de debate (entre las que destacan la clarificación de los objetivos del mejoramiento y la discusión sobre las repercusiones sociales del proyecto). Quienes, por último, necesiten ir más allá del saber, de la reflexión y del diálogo, y sientan la necesidad de responder con la acción, encontrarán también algunas propuestas para poner en práctica.

Aunque escrito con gran serenidad y equilibrio (situado en un sano punto medio entre la “alegría con la que algunos se lanzan” en favor del transhumanismo y la “ofuscación reactiva” frente a él), el libro pretende ser un firme toque de atención: hay que tomarse en serio el transhumanismo, hay que reflexionar urgentemente pero con calma sobre sus puntos fuertes y débiles, y hay que empezar a reaccionar con la acción (social, política, educativa, de debate público) antes de que sea demasiado tarde. Las palabras “previsión”, “prudencia”, “control”, “guía” (y otras similares que aparecen a lo largo del libro), junto con “transparencia”, “participación” e “interés general”, son muy ilustrativas de lo que en opinión de Diéguez reclama el proyecto transhumanista.

Tras un capítulo introductorio que presenta el panorama general de la utopía transhumanista (“¿Qué es el transhumanismo?”),

pp. 19-50), los capítulos segundo y tercero se centran cada uno en una de las grandes propuestas de mejoramiento tecnológico del ser humano: la que se basa en los avances de la inteligencia artificial (“Máquinas superinteligentes, cíborgs y el advenimiento de la singularidad”, pp. 51-110) y la que se basa en los avances de la biología (“El biomejoramiento: eternamente jóvenes, buenos y brillantes”, pp. 111-164). La complejidad de las cuestiones y las múltiples ramificaciones de cada tema dan a estos capítulos un cierto aire de mosaico: las relaciones entre los humanos y las máquinas, la identidad personal, el sentido de la muerte (o del sufrimiento y las limitaciones humanas en general), la relación con el propio cuerpo, la esencia de la inteligencia, la naturaleza de la mente y la conciencia, la libertad y la creatividad, lo que hace que una vida sea humana y que merezca ser vivida, el carácter social de lo humano, la autonomía de la ciencia y de la investigación frente a la necesidad de una guía ética para ellas, los peligros de la eugenesia frente a la potestad para elegir el futuro de nuestra descendencia, la naturaleza del ser humano (o la ausencia de tal naturaleza), son los principales temas que estos capítulos plantean para la reflexión. Todo ello oportunamente ilustrado con ejemplos concretos que descubren puntos de análisis, y entre ellos muchos casos límite, que pueden hacer tambalearse algunas ideas preconcebidas.

El capítulo cuarto, dedicado a la filosofía de Ortega (“Hay que saber qué desear”, pp. 165-194) contiene una sugerente defensa de la filosofía de la técnica de Ortega como punto de partida para reflexionar sobre la vida humana y el mundo en el que se desarrolla. Lo innovador del pensamiento de Ortega (y lo que puede ser de provecho para la discusión sobre el transhumanismo) es, según Diéguez, la conexión de la técnica con el “mundo que habitamos” y con el sentido de la vida humana, que no es otro que la “plena realización de un proyecto vital” (pp. 172-173). Orteguiamente considerado, el “camino de la autotransformación tecnológica” que nos señalan los transhumanistas es el único que podemos recorrer: lo oportuno ahora es sopesar hacia dónde nos llevarían sus distintas bifurcaciones (p. 176).

De la filosofía de Ortega extrae Diéguez unas cuantas enseñanzas concretas: ante la “crisis de los deseos” potenciada por la ampliación

de posibilidades que ofrece la técnica, la reflexión sobre los fines se convierte en una prioridad (pp. 176-180); ante la posibilidad de superar (“trans” o “post”) una supuesta naturaleza humana, las ideas de Ortega acerca de la construcción de la propia vida (pp. 180-194) añaden al optimismo transhumanista una clara visión de los límites de este proyecto y unos criterios orientadores de lo que “podemos razonablemente desear ser” (p. 186). El capítulo se cierra con una llamada al cuidado en las “distinciones y matices”, dado el carácter borroso de las fronteras entre lo razonable y lo imprudente (pp. 187-190). Ortega sería la clave para distinguir (y poder así elegir) entre un mejoramiento orientado por un proyecto vital genuinamente humano y el nuevo proyecto de transformación del ser humano en una entidad post-humana que ha perdido ya el sentido de esa transformación (p. 194).

El capítulo quinto ofrece unas conclusiones bajo el moderado pero transparente subtítulo “Enfriando las promesas” (pp. 195-215). En primer lugar, destaca la importancia de los fines para determinar qué es deseable, y para valorar desde ese contexto las promesas transhumanistas. En segundo lugar, se centra en la promesa de superlongevidad y reflexiona sobre el valor de una vida humana interminable. Por último, diagnostica la situación de la “Megaciencia” actual y desenmascara “el negocio de las promesas” como una forma de conseguir financiación para las investigaciones, y en definitiva, como “parte ya del espectáculo de la ciencia” (p. 211). En las últimas páginas, una buena divulgación y un debate público bien informado se presentan como esenciales para el futuro de la tecnociencia (pp. 213-215).

Una selección de citas al comienzo de cada capítulo sugiere puntos de reflexión, y una nutrida bibliografía proporciona materiales para investigar los temas con más profundidad. El libro podría servir incluso como lectura base para algún curso especializado de filosofía. Pero su gran mérito, en mi opinión, consiste en mostrar con el ejemplo que la reflexión filosófica no está alejada de nuestras preocupaciones más vitales, de los asuntos en los que está en juego lo que somos (o lo que podemos llegar a ser).

Paloma Pérez-Illzarbe. Universidad de Navarra
pilharbe@unav.es